

Ricardo Palma



Palma y Gonçalves Dias*

Raúl Porras Barrenechea

Se habla, generalmente, de una América Latina espiritualmente una y compacta. En congresos y artículos de periódicos se declama sobre la inexistencia de las fronteras y la hermandad de las almas. Y lo cierto es que estos países se desconocen fraternalmente y existe entre sus grupos pensantes una cordial indiferencia. El aislamiento se ahonda al llegar al Brasil, por el influjo diversificador del idioma. Literariamente, el Brasil vive más cerca de Europa que del resto de los países americanos. Salvo la boga universal de poetas como Darío, Nervo o Chocano, son poco familiares o desconocidos aquí los nombres de los espíganos de la literatura hispanoamericana. Este desconocimiento es —diplomáticamente— recíproco. En el sector hispano del continente se ignora, por lo general, a los más auténticos valores del pensamiento o el arte brasileños. ¿Quién ha oído alguna vez nombrar en la costa del Pacífico, por ejemplo, a Euclides da Cunha, el sociólogo y el poeta de *Os sertões*, o a José de Alencar, el novelista de *Iracema* y *O guarani*, con sus obras tan sustancialmente americanas como sus coetáneas *Facundo*, de Sarmiento, o *María*, de Jorge Isaacs, universalmente acatadas en el resto del continente? Al primero acaso se le conozca en el Perú o Bolivia

* Publicado en *La Prensa* de Lima y en el *Jornal do Comercio* de Río de Janeiro el 7 de octubre de 1936. Reproducido en la *Revista da Academia Brasileira*, n.º 158, y en *Tres ensayos sobre Ricardo Palma* (Lima: Librería Mejía Baca, 1954). Transcribimos este ensayo con sus respectivas actualizaciones editoriales y ortográficas. N. E.

confundiéndolo con el personaje de una comisión delimitadora célebre que fijó las nacientes del Yavarí, pero del novelista no saben siquiera el nombre los espectadores de la cosmopolitizada ópera *O guarani*.

En represalia, cuán pocos conocen en el Brasil la prosa lapidaria del peruano González Prada o la vena picaresca y romántica de las *Tradiciones peruanas* de Palma. Son populares en toda América los estudios de Carlos Pereyra o de Blanco Fombona de interpretación y exégesis de la conquista de América; no se han sumado a ellos, con todas las aportaciones originales, estéticas e históricas, las obras expresivas, de Capistrano de Abreu y Paulo Prado. Y lo mismo que en el terreno de la historia ocurre en el de la poesía. Se acostumbra a hablar en Hispanoamérica de las tendencias literarias del continente, Romanticismo o Modernismo, ignorando el profundo acervo del Brasil.

Es cierto que Francisco García Calderón, gran escritor peruano, trabajó por la unidad espiritual americana, revelando nombres y figuras representativas del Brasil y sumándolos a los demás del continente en sus armoniosos capítulos de *Les democraties latines* y *La creación de un continente*. Pero lo que escasea es el conocimiento directo de obras y escritores.

Al hablar del Romanticismo en América, por ejemplo, acuden inmediatamente a la mente los nombres de los mexicanos Manuel Acuña y Manuel María Flores, de los peruanos Salaverry y Cisneros, y de los argentinos Mármol y Andrade, y se repiten mecánicamente de memoria versos de los poemas «Nocturno», de Acuña; «Acuérdate de mí», de Salaverry; «Atlántida», de Andrade. Sin embargo, acaso si el más auténtico latido romántico de América, que aún perdura e influye en la poesía actual de su pueblo, fue el que se infundió en los versos de Castro Alves, Gonçalves Dias y Casimiro de Abreu, gloriosa trinidad romántica del Brasil. Gonçalves Dias es, sin disputa, uno de los mayores cantores de la naturaleza virgen de América, que supera a Bello por el ardor apasionado de su inspiración y emula a Heredia, el soberbio cantor del Niágara. En Casimiro de Abreu, en cambio, como nota inédita del romanticismo en América, hay un suave discurrir de *cachoeiras*, jardines embalsamados de cielo, risas de infancia, alas azules de *borboletas*, aire sosegado de inocencia y de paz que no aspiró comúnmente la enlutada y gemebunda musa romántica.

En cuanto a Castro Alves, apóstol y tribuno del verso, sus apóstrofes rimados tienen mayor dramaticidad que los arranques literarios de Mármol contra el tirano del Plata. El poeta argentino combatía por libertades políticas conculcadas, mientras

que el brasileiro se erguía para reclamar la otorgación del simple derecho de humanidad a los negros esclavos.

Mientras Mármol trema contra un hombre, el bardo brasileiro, ante la injusticia tremenda, sin nombre y sin castigo, no puede sino increpar y suplicar al cielo. Es célebre la execración de Mármol: «Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas,/ pero como argentino las de mi patria no».

Pero Castro Alves no podía perdonar en nombre de la humanidad. Su grito tiene el horror sangrante de la blasfemia que horadaba el cielo desde los barcos negreros:

Senhor Deus dos desgraçados!
 Dizei-me vós, senhor Deus
 Se é mentira... Se é verdade
 Tanto horror perante os céus?
 Deus oh Deus! Onde estás que não respondes?

Si los pueblos desconocían mutuamente a sus poetas, en cambio, la casualidad hacía, a veces, que los poetas se conocieran entre sí. Tal ocurrió por feliz coincidencia entre dos máximas figuras representativas del Brasil y del Perú, Gonçalves Dias, el poeta de «I-Juca-Pirama», y don Ricardo Palma, el patriarca de la literatura peruana, que se conocieron e hicieron amistad literaria y personal, en París, en 1864. Esta relación, simpática y breve, entre los dos grandes escritores me sirve también para hablar conjuntamente de ambos y de sus obras.

II

En 1864, el Gobierno del Perú nombró cónsul en el Pará a don Ricardo Palma. Este era entonces un liberal turbulento y un poeta romántico empedernido. Pertenecía a una generación brillante en el Perú, la llamada de 1848, que había dado en lamentarse y llorar en verso, siguiendo el ejemplo plañidero de Lamartine o de Musset a través de Espronceda y de Zorrilla. Palma era, entre ellos, un burlón nativo, criollo auténtico, nacido para el epigrama y la agudeza. Pero le envolvió el ambiente y se sintió fatalmente triste y desesperado, como todos sus congéneres. Lloró desdenes amorosos, ansió países lejanos, compuso dramas truculentos y medioevalistas, se apasionó por el exótico oriente y clamó en estrofas declamatorias por las libertades cívicas. Castilla, el presidente peruano que no tenía hechuras de Rosas, dejó gemir

a los románticos, hasta que estos tramaron una conspiración que culminó en un ataque armado a la casa presidencial. Palma, conjurado, fue desterrado. Y entonces escribió su más sincera poesía romántica, aquella que Rubén Darío aprendiera de memoria en su juventud: «Parto ¡oh patria! desterrado/ De tu cielo arrebolado/ mis miradas van en pos».

Todo romántico era un latente peregrino o candidato a proscrito. La más sublime aureola era un destierro. Mármol, «El Peregrino», era un ídolo americano. Y el mar era el símbolo de sus vidas y les proporcionaba a menudo sus mejores metáforas. No hay poeta romántico que no tenga una composición titulada «Al mar». Byronianos trágicos, se sentían peñones batidos por un oleaje sin misericordia. El mar era el espejo de sus vidas, en cuyo torno gemía una tempestad fatídica ineluctable. Y muchas veces la trágica imaginación del océano se convirtió en dura e inenarrable verdad. Dos grandes poetas románticos, por lo menos, Gonçalves Dias, cantor angustiado del mar, y el peruano Manuel Nicolás Corpancho, murieron en el océano. El primero, en las costas del Brasil; el segundo, en el golfo de México. Palma también naufragó el año 1855, en las costas del Perú, y rememoró, por cierto, en unas estrofas tituladas «En un naufragio» esas horas de inmensa angustia y auténtico desamparo.

El destierro llevó a Palma a Chile. Allí estuvo alrededor de tres años y allí se truncó su vocación de poeta romántico. Comenzó a aficionarse a las investigaciones históricas y escribió un libro de historia, su primer ensayo apreciable en este género fue la historia de la Inquisición en Lima. El liberal y el burlón se entrometían en el texto para ridiculizar los delitos penados por el Santo Oficio, asegurando, con toda seriedad, que se incurría en herejía, para este tribunal, por haberse puesto camisa blanca el día sábado, por haberse lavado hasta el codo o por haber separado la grasa del tocino a la hora de cenar.

El más grave delito para la Inquisición limeña era, sin embargo, ser portugués. Seis mil de estos, residentes en Lima, escaparon en 1646 de un auto de fe que se proyectaba con ellos, mediante un fuerte donativo de dinero al Virrey.

A su regreso de Chile, y después de publicar su libro sobre la Inquisición, Palma es nombrado cónsul en el Pará. El traslado de Lima al Pará requería, entonces, un viaje previo a Europa. Palma se dirigió a Southampton, donde vio a Rosas desterrado, y huyó de él como de un réprobo.

A mediados de 1864 llegó a París. Allí conoció a muchos escritores latinoamericanos. Con Hilario Ascasubi, poeta argentino, visitó la tumba de Musset.

Conoció también al entonces célebre crítico colombiano Torres Caicedo, y en las charlas latinoamericanas de la rue Laffite y de la Cité Bergère, el flamante cónsul en el Pará fue presentado a un escritor brasileño, funcionario como él, que andaba por Europa, en comisión de su Gobierno, estudiando la instrucción pública de diversos países y de quien se decía, además, que era un gran poeta. Se llamaba Antonio Gonçalves Dias. Era un tipo original: pequeñísimo de talla, moreno, mirada parda y penetrante, barba nazarena y palidez cadavérica. Rasgos de profunda melancolía marcaban su semblante, pero sus palabras reavivaban la expresión de su rostro, y el buen humor hacía sugestiva su charla. Un maniaco *charuto*, siempre pegado a los labios, fingía con sus volutas de humo el juego grácil y caprichoso de su conversación.

Palma era, como Gonçalves Dias, un tipo netamente americano. Alto, moreno, de grandes bigotes negros y lacios, y la barba jovial y ocurrente. Coincidieron en socarronería, en aficiones poéticas e históricas; se leyeron mutuamente composiciones de molde romántico y cambiaron confidencias sobre admiraciones literarias y patrones estéticos. Gonçalves Dias era diez años mayor que Palma, pues había nacido en 1823, y oficiaba de maestro en materia de poesía europea. Conocía el idioma alemán y admiraba preferentemente a Heine. Dio a conocer a su amigo las poesías del bardo del *Cancionero* y le repetía, a media voz, en las mesas de café, las estrofas de las baladas heinianas. Otras veces eran versos de los grandes poetas portugueses, y algunas, solicitado por Palma, sus propias estrofas —vida convertida en música—, pura esencia romántica: «Seus olhos», «Olhos Verdes», «Se se morre de amor», «Ainda uma vez, adeus!» y, entre ellas, visión romántica del Brasil, saudade hecha verso, la cadenciosa «Canção do exílio»:

Minha terra tem palmeiras ,
 Onde canta o sabiá.
 As aves que aqui gorjeiam
 Não gorjeiam como lá.
 Nosso céu tem mais estrelas,
 Nossas várzeas têm mais flores,
 Nossos bosques têm mais vida,
 Nossa vida mais amores.
 [...]
 Não permita Deus que eu morra
 Sem que eu volte para lá.

Embelesado y ganado por la emoción vernácula, Palma exigía que Gonçalves Dias le recitara sus *Poesías americanas*, con sus deslumbrantes visiones del trópico. Gonçalves Dias repetía entonces, modesta y defectuosamente, cansado por la tos, los vibrantes versos, tambor de la selva, del «Canto do guerreiro»:

Aqui na floresta
Dos ventos batida,
Façanhas de bravos
Não geram escravos,
Que estimem a vida
Sem guerra e lidar
—Ouvi-me, Guerreiros,
—Ouvi meu cantar.

O eran fragmentos de «I-Juca-Pirama», el fuerte poema, hermano mayor del «Tabaré», o estrofas resonantes de la epopeya «Os timbiras». Era, a veces, la canción del prisionero tupí:

Meu canto de morte
Guerreiros, ouvi
Sou filho das selvas
Nas selvas cresci;
Guerreiros, descendo
Da tribo tupi.
Da tribo pujante
Que agora anda errante
Por fado inconstante,
Guerreiros, nasci:
Sou bravo, sou forte,
Sou filho do Norte.
Meu canto de morte
Guerreiros, ouvi.

Y el reproche del viejo tupí guerrero, Príamo inmovible, que increpa a su hijo, el mozo guerrero, haber temido a la muerte:

Tu choraste em presença da morte?
Na presença de estranhos choraste?
Não descende o cobarde do forte;
Pois choraste, meu filho não és!

[...]

Um amigo não tenhas piedoso
Que o teu corpo na terra embalsame,
Pondo em vaso d'argila cuidadoso
Arco e frecha o tacape a teus pés!
Sê maldito, e sozinho na terra;
Pois que a tanta vileza chegaste,
Que em presença da morte choraste,
Tu, cobarde, meu filho não és.

O la descripción vivaz de la taba:

A taba se alborota, os golpes descem
Gritos, imprecações profundas soam,
Emaranhada a multidão braveja,
Revolve-se enovela-se confusa,
E mais revolta em mor furor se acende.
E os sons dos golpes que incessantes fervem,
Vozes, gemidos, estertor de morte
Vão longe pelas ermas serranias
Da humana tempestade propagando
Quantas vagas de povo enfurecido
Contra um rochedo vivo se quebravam.

Ante el vuelo de tal imaginación soberana y el poder creador de este Homero del trópico, Palma sentía el deslumbramiento de una revelación.

La amistad entre los dos poetas se estrechaba cada vez más. Se les veía juntos en los cafés y los círculos literarios. Tenían razones e incentivos para coincidir. Ambos habían tenido que luchar contra idénticos prejuicios sociales y habían impuesto su nombre por la admiración a su inteligencia. Coincidían, además, en gustos y temperamentos. Eran ambos enamorados y sensuales, y se prendaban por igual de las musas románticas y de las musas de carne y hueso. En Gonçalves Dias, la pasión erótica se hallaba ya mitigada y ensombrecida por la decepción melancólica que

inmortalizó en «Ainda uma vez, adeus!». Palma fue, en su juventud, «alegroncillo con las hijas de Eva», según propia confesión, y estaba en plena virilidad. Les unía, sin embargo, para permanecer juntos en los recintos de la alegría, un común infortunio romántico: su incapacidad para el baile. Ninguno de los dos sabía dar un paso. Se vengaban saboreando el ritmo de los poetas clásicos. Gonçalves Dias era un excelso conocedor de la lengua, capaz de escribir en portugués del más clásico sabor, como lo atestiguan sus célebres *Sextilhas de frei Antão*. Palma tuvo también el culto de los clásicos españoles, y en el estilo retozón de sus tradiciones históricas se enredan, a menudo, jugosos y traviesos arcaísmos. Ambos eran, asimismo, aficionados a los escarceos filológicos, de los que hablan el *Diccionario da lingua geral ou tupy*, del brasileño, así como los *Neologismos y americanismos* y las *Papeletas lexicográficas*, del peruano.

A ambos les había tentado por último el éxito teatral y habían escrito dramas hugolianos; pero ni la *Beatriz Cenci*, de Gonçalves, ni el *Rodil*, de Palma, habían tenido acogida.

Comulgaban, sobre todo, en dos pasiones, cardinales para ambos: la poesía y la historia. Gonçalves Dias era ya una cumbre en la poesía americana y, desengañado de la vida y los versos, amaba refugiarse en los remansos de la historia para escribir opúsculos como *O Brasil e a Oceania*, la *Historia dos jesuítas no Brasil* o esos documentados informes sobre la historia amazónica que enriquecen su producción póstuma. El destino de Palma seguía un camino inverso. Abandonando la poesía y entregándose a la evocación histórica, iba a ser, en América, maestro de un género nuevo e inimitable: la tradición.

Cuando se conocieron, uno era célebre; el otro era aún un incógnito de la gloria. El brasileño influyó grandemente en el espíritu del peruano. Quizá, si al lado del gran poeta que habían inventado, por decirlo así, la poesía americana, de la selva y del indio, el canto autóctono de la tierra y la raza, fue que Palma sintió un estímulo más imperioso para concentrarse en lo propio y crear nuevos géneros vernáculos. Son diversos, sin duda, el «poema indianista» —cielo abierto y clamor guerrero y salvaje— y la «tradición», generalmente episodio epicúreo y cortesano. Pero los nutre una savia semejante: el espíritu afirmativo de la nacionalidad.

La influencia inmediata que se ejerció sobre Palma fue la de la predilección por Heine. Gonçalves Dias conocía perfectamente el alemán, que aprendió en el Brasil y perfeccionó en su viaje de 1854 a Prusia. Él comunicó a Palma su entusiasmo por el poeta de *Atta Troll*. ¡Bien escogido el padrón poético para el alma, burlón de nacimiento y romántico a la fuerza! Al despedirse ambos amigos en París, en septiembre

de 1864, Gonçalves Dias obsequió a Palma un ejemplar de los versos de Heine traducidos al francés por Gérard de Nerval. Se abrazaron, prometiendo verse nuevamente dentro de pocos meses. Palma partió para el Brasil en enero de 1865. En la navegación reiteró la lectura de Heine. Y fue más tarde, en opinión de los críticos más sagaces, uno de los mejores traductores castellanos del ruseñor franco-alemán. La manera poética de Palma se transformó: el lamento elegíaco de sus primeros libros se convirtió en el festivo sentimiento de *Verbos y gerundios*, su mejor volumen de versos.

III

Palma llegó a Río de Janeiro de tránsito para el Pará. El tradicionista ha referido, por sí mismo, sus impresiones de Río. Pero su hija Angélica, en la biografía reciente de su padre —escrita con la misma delectación que la de Carolina Nabuco sobre Joaquim Nabuco— nos dice algo sobre la estadía de Palma en Río y en el Pará. Dichos datos han sido gentilmente acrecidos por la misma escritora, a mi solicitud, en carta particular.

Cuenta Angélica Palma, en su libro, que la impresión que el viejo tradicionista guardaba del Brasil «se concreta en dos palabras: deslumbramiento y bochorno; deslumbramiento ante el paisaje maravilloso de Río de Janeiro, ante la hermosísima exuberancia de la naturaleza brasilera; bochorno causado por la humillación y los dolores de la raza esclava, por la añeja pompa imperial, por el calor agobiante».¹

Emoción de poeta romántico y de liberal indeclinable, anónimo entonces el fausto cortesano de Río, pero cuyo corazón latía con el del cantor brasileño de «Vozes d’Africa» y «O navio negreiro» e iba a hacerse acción en la propaganda de Nabuco y demás próceres de la abolición. En el Perú, proclamada la libertad de vientres en 1821, Palma había presenciado la abolición de la esclavitud por Castilla en 1854, por la que aún luchaban en el Brasil los poetas de la acción y del verso.

También estuvo Palma en Petrópolis, en el esplendor de las hortensias y de la primavera y —me escribió Angélica Palma— ampliando los datos de su libro, «en cuyas avenidas vio más de una vez pasar a don Pedro, a quien juzgaba gobernante discreto e intelectual distinguido».²

¹ PALMA, Angélica. *Ricardo Palma*. Buenos Aires: Editorial Tor, 1933, p. 48.

² Carta de Angélica Palma, 15 de julio de 1934.

Palma siguió de Río para el Pará y se detuvo en San Luis de Marañón, donde descansó algunos días. Era la ciudad unida al recuerdo de Gonçalves Dias como capital de su provincia materna. Allí o en Río lo sorprendió una impresionante noticia. En la madrugada del 3 de noviembre de 1864, el bergantín *Ville de Boulogne* había encallado en unos bajos frente a las postas mismas de Marañón. Gonçalves Dias, que venía a bordo, enfermo, moribundo casi, por su dolencia pulmonar, fue abandonado u olvidado por la tripulación en su cámara inundada de agua, mientras aquella se esforzaba por salvar el buque. Gonçalves Dias, que no podía moverse por sí mismo y que en los últimos días de viaje rechazaba ya toda alimentación y solamente se complacía en el humo de su cigarro, pereció ahogado. Con emoción debió Palma repetir el final suplicante de aquellos versos: «Não permita Deus que eu morra/ Sem que eu volte para lá».

Aquella impresión fue duradera en el ánimo de Palma. Al publicar, en 1886, sus traducciones de Heine, con una carta-prólogo, decía:

Hace veinte años que en Francia contraí estrecha amistad con Gonçalves Dias, el más popular de los poetas contemporáneos del Brasil, y tanto que, en su ciudad natal existe hoy una calle bautizada con el nombre de Rua Gonçalves Dias y en la capital del imperio se le ha erigido estatua en una de las principales plazas. La muerte de Gonçalves Dias fue duelo nacional para el Brasil, así por el aquilatado merecimiento del hombre de letras como por lo tristísimo de su fin. El poeta pereció en un naufragio al regresar a la patria y en poco estuvo que hubiéramos hecho juntos el viaje. Hallábame en San Luis de Marañón, de tránsito para el Pará, cuando recibí la dolorosa noticia. Tres meses antes nos habíamos dado el abrazo de despedida en Europa, prometiéndonos renovarlo en América. El destino no lo quiso.³

Palma refiere su amistad con Gonçalves Dias y el obsequio de las poesías de Heine. El escritor peruano estuvo en el Pará poco tiempo. El clima le hacía daño a la salud. Obtuvo una licencia y regresó al Perú. En París acababa de publicarse su primer volumen de versos, escritos en el destierro y titulado *Armonías*. Cinco años después publicó su segundo libro de versos románticos: *Pasionarias*.

³ Carta-prólogo a las traducciones de Heine realizadas por Ricardo Palma (Lima, 1886); citado por FELIÚ CRUZ, Guillermo. *En torno a Ricardo Palma*. Tomo I. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1933, pp. 136-133.

En San Luis de Marañón debió conocer Palma al poeta Joaquim Maria Serra Sobrinho, periodista y autor dramático que tradujo al portugués un poema de Palma de su libro *Armonías*. Palma declara que el poeta brasileño mejoró y embelleció su pensamiento. La composición, titulada «Caminho do céu», dice lo siguiente:

Vede; cobre-lhe beleza
Alvo transparente vejo!
Assim circundam estrelas
Branca nuvem lá no céu!

Não a acordeis! Ela sonha
Com anjos, sonhos de luz!
Não desperteis a menina,
Rosados olhos azuis!

Quando enfim raiar o dia,
E o sol no espaço luzir
Sobre toda a natureza
Vida e calor difundir,

Pobre mãe! não chores, fita
Os olhos ali na cruz...
Que vai caminho da glória
Rosados olhos azuis!

Haciendo más tarde recuerdos en *La bohemia de mi tiempo* escribe Palma:

Un crítico brasileño, Luis Guimarães Junior, aplaude la finura, la melodía, la caprichosa sencillez de la traducción de Serra; y yo, a quien el amor de padre no ofusca, tratándose de mis versos, me apresuro a declarar también, franca y lealmente, que el vate de Río de Janeiro ha sabido embellecer mi pensamiento. Sus cuatro versos finales, sobre todo, tienen un perfume de resignación cristiana que en los míos apenas se deja sentir. Si caen bajo sus ojos estas confidencias, acepte el bardo marañense mi más cordial y fraterno abrazo.

⁴ PALMA, Ricardo. *La bohemia de mi tiempo*. Lima: Imprenta La Industria, 1899, p. 32. El libro de versos de Serra en que se incluyó la poesía de Palma fue *Cuadros*.

En *Pasionarias* hay un recuerdo, posiblemente de álbum: el poema «A una brasilera». Angélica Palma escribe en su libro «que las mujeres señalaron las más gratas horas de Palma en el Brasil».⁵ En carta cuenta algo más: «Hablaban con disgusto de la esclavitud y, acostumbrado a la lisura⁶ de sus paisanas, encontraba tímidas a las brasileras». «Calculo —agrega Angélica— que la experiencia novecentista de usted será muy distinta a esa del pasado siglo».

Es precisamente esa sensación de inocencia y de casta ternura —que aún conservan las brasileñas, para satisfacción de Angélica Palma— la que refleja el poema del peruano viajero:

En el álbum de una brasilera

Plácidas son tus auroras,
perfumadas son tus brisas,
y músicas seductoras
te dan las aves canoras
en cambio de tus sonrisas.

No miente, niña gentil,
el que, en su amoroso afán,
te llama sol del Brasil,
y la rosa del pensil
de San Luis de Marañón.

Y pues tu alma, en su inocencia
del cielo ha la transparencia,
que nunca nube sombría
ose empañar, alma mía,
el cristal de tu existencia.⁷

Inciendo en las vinculaciones de Palma con el Brasil, la hija del tradicionalista recuerda la amistad que su padre cultivó siempre con los representantes del Brasil

⁵ PALMA, Angélica, *op. cit.*, p. 49.

⁶ Limeñismo que equivale a 'picardía, ingenio, agudeza'.

⁷ PALMA, Ricardo. *Pasionarias*. Havre: Tipografía Alfonso Lemale, 1870, p. 152. La poesía está fechada en San Luis de Marañón, 1865.

en Lima, particularmente con don Henrique de Barros Cavalcanti de la Cerda (1884) y don Julio Henrique de Mello e Alvim (1879). Este último intervino caballerescamente a favor de Palma en los días de la ocupación de Lima por los chilenos. Saqueada la Biblioteca Nacional, Palma escribió una protesta y fue apresado. El diplomático brasileño y otros colegas suyos obtuvieron del jefe del ejército de ocupación la libertad del escritor peruano, recluso en un buque de la escuadra chilena, cuando iba a ser deportado a Punta Arenas.

En 1888, el representante del Brasil en Lima pidió, por orden de su Gobierno, que el Perú le enviase datos sobre la forma cómo se hizo la manumisión de esclavos en nuestro país. Palma fue el encargado de redactar el informe que publicó más tarde en el quinto tomo de sus *Tradiciones* bajo el título de «Manumisión». Fue su contribución a la obra abolicionista en el Brasil, culminada ese año con la ley del 13 de mayo de 1888.

Palma vivió cincuenta años más después de su viaje al Brasil. Alrededor suyo había «llovido recio», como dijera él mismo en su habla pintoresca. Los recuerdos se esfumaban. Al comentar el *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín, no recuerda ya siquiera al poeta de «Os timbiras». Elogia, en cambio, como ideal del americanismo literario *O Guesa errante*, de Souza Andrade.⁸ En sus *Tradiciones*, donde hay tantas huellas autobiográficas y tantos recuerdos americanos, escasean los del Brasil. En una sola de ellas he encontrado, al paso, una mención del Brasil, que acaso sea un trofeo cogido en el folclore criollo brasileño. Es en la tradición titulada «Las mentiras de Lertzundi».

Lertzundi es uno de los tipos criollos más característicos creados por la imaginación de Palma, en confabulación con la historia. El general Lertzundi existió, aunque no sabemos si con los contornos que nos lo presenta Palma. Fue general revolucionario, personaje político y, sobre todo, grandísimo mentiroso. En su juventud había estado seis meses en Río de Janeiro, y este lugar le servía para ubicar gran parte de sus mentiras autobiográficas. Un sufrido subalterno, el teniente López, confirmaba, como testigo, las hazañas de Lertzundi. Oigamos al tradicionista:

Hablábase en una tertulia sobre la delicadeza y finura de algunas telas, producto de la industria moderna, y el general exclamó: —¡Oh! ¡Para finos los pañuelos que me regaló el emperador del Brasil! Se acuerda usted, teniente López? —Sí, mi general...!

⁸ Esta epopeya de J. de Souza Andrade, que despierta efusivo elogio a Palma, no es popular en el Brasil. Solamente la he visto reproducida en fragmentos de la *Antología* de Mello Moraes. No aparece en otras antologías.

finos, muy finos! —Calculen ustedes —prosiguió Lertzundi— si serían finos que los lavaba yo mismo echándolos previamente a remojar en un vaso de agua. Recién llegado al Brasil, me aconsejaron que, como preservativo contra la fiebre amarilla, acostumbrase beber un vaso de leche a la hora de acostarme y nunca olvidaba la mucama colocar éste sobre el velador. Sucedió que una noche llegué al cuarto rendido de sueño y apuré el consabido vaso, no sin chocarme algo que la leche tuviese mucha nata, y me prometí reconvenir por ello a la criada. Al otro día, vínome gana de desaguar cañería y... ¡jala! ¡jala! ¡jala! Salieron los doce pañuelos. Me los había bebido la víspera en lugar de leche... ¿No es verdad, teniente López? —Sí, mi general, mucha verdad contestó en aire beatífico el sufrido ayudante.⁹

El otro recuerdo brasileño de las *Tradiciones* pertenece a la categoría de letra prohibida. Existe una colección inédita de una serie de tradiciones de letra, de pronunciado tinte picaresco y términos de los usados a veces en el *Quijote*, que se titula *Tradiciones en salsa verde* y en la que Bolívar y Sucre aparecen en paños menores. Entre ellas hay una titulada «Fatuidad humana» y se refiere a una aventura de D. Juan VI en el Brasil con una mulatica de Río de Janeiro llamada Patrocinio y cuyos efectos fueron un rapazuelo que más tarde fue Obispo de Coimbra.

El lenguaje demasiado desenvuelto de la tradición me impide reproducirla. Pero en lo esencial, la anécdota es esta: la moza engañaba al Rey y exprimía «dejándole con menos jugo que a limón de fresquería». La mulata era «alborotada de rabadilla» y el Rey la sorprendió un día, «como dice la epístola de San Pedro», *illa sub, ille super*. Ella fue encerrada en lugar de lección, y el chico enviado al Seminario de Lisboa resultó más tarde Obispo de Coimbra. La madre, «jubilada ya en la milicia de Venus», le envió una carta de recomendación para un fraile confesor suyo. Su ilustrísima atendió al huésped y al regresarse este a Río de Janeiro le dio la siguiente carta: «Señora: Su recomendado le dirá que lo he servido a pedir de boca. No salva Ud. a escribirme y menos a tratarme como a cosa suya, porque os filhos naturais do rei não têm mãe... Dios la guarde». Doña Patrocinio, que no era «mujer de esas que lloran lágrimas de hormiga viuda», dio una respuesta a toda la sal mulata a costas, pero imposible de reproducir. Le decía poco más o menos que le agradecía las atenciones a su confesor, pero que le recordaba que «os filhos» (como él) não têm pai.¹⁰

⁹ PALMA, Ricardo. *Tradiciones peruanas*. Tomo V. Madrid: Espasa-Calpe, 1930-1936, p. 147.

¹⁰ PALMA, Ricardo. *Tradiciones en salsa verde*, 1901, cuaderno manuscrito de letra del mismo Palma, inédito, conservado por don Clemente Palma.

IV

En la vida de Palma puede decirse que hubo tres etapas determinantes: la del poeta romántico, la del tradicionista y la del bibliotecario.

De su primera etapa literaria, que fue en la que estuvo en el Brasil, se ha hablado ya en este artículo. Palma se dio el lujo de recorrer todas las categorías románticas. Fue poeta, conspirador, náufrago, proscrito y autor dramático. Sepultó aquellos ardores moceriles en dos volúmenes de versos, opacados por su producción posterior.

A partir de 1860 comienza a cultivar el género histórico en narraciones cortas, al comienzo fielmente ceñidas al documento, y después cada vez más vivaces, novelescas y llenas de gracejo criollo. En 1872 publica su primer tomo de *Tradiciones peruanas*, y luego, sucesivamente, cinco volúmenes más. En ellos se compendia, alegre y vívida, la más sabrosa historia del Perú. Las *Tradiciones* son nuestra gran epopeya humorística, nuestra comedia humana con sus mil personajes, caracteres y pasiones diversas, la síntesis de nuestra vida nacional obtenida por una técnica de pintor de azulejos que con pequeños cuadros va integrando las líneas de amplios *panneaux* panorámicos.

Palma creó un género literario nuevo y característicamente criollo que, después, ha tenido imitadores desafortunados. La «tradición» cultivada por Palma no es la simple anécdota chocarrera y de almanaque ni es tampoco la narración histórica seriamente documentada. Palma parte de la historia hacia la novela. Adaptando la frase de un crítico que dijo que cabalgaba entre dos siglos, podría decirse mejor que cabalga entre la fantasía y la realidad. Nunca se aparta de la verdad histórica si no en lo menudo e intrascendental, conservando siempre, sobre todo, la veracidad psicológica de los hechos, más necesaria que la simplemente documental. Le gusta siempre aderezar la historia para hacerla más atractiva, sin comprometer la verdad esencial.

La «tradición» ha sido definida por diversos críticos ilustres. José de la Riva Agüero, historiador de la literatura peruana, dice: «Tal como la constituyó Palma, la tradición es un género mixto o mestizo, producto del cruce de la leyenda romántica breve y el artículo de costumbres».¹¹ «La tradición, ese monstruo engendrado por las

¹¹ SOCIEDAD AMIGOS DE PALMA. *Ricardo Palma, 1833-1933*. Lima: Sociedad Amigos de Palma. Este tomo reúne las conferencias pronunciadas en la Semana de Palma, celebrada en Lima con ocasión del centenario del natalicio del gran escritor, y los homenajes nacionales y extranjeros tributados a su memoria.

falsificaciones agrídulcetes de la historia y la caricatura microscópica de la novela», dijo un panfletario. El propio Palma explicó: «La tradición es romance y no es romance: es historia y no es historia. La forma la de ser ligera y regocijada como unas castañuelas, la narración rápida y más o menos humorística». Don Juan Valera y Ventura García Calderón aplauden la donosa inexactitud del género. Valera dijo que, pese a las intercalaciones novelescas, no había «historia grave, severa y rica de documentos que venza a las Tradiciones» para obtener una idea del Perú. García Calderón protestaba por la censura de su admiración hacia esa «mixture dulce y sabrosa» de novela y de historia en que el autor, «cuando el legajo tiene blancos, teje por encima, para llenarlos, sus telarañas».¹²

El mismo García Calderón ha definido magistralmente el género de Palma: «No siendo historia ni novela, ¿de qué modo podría definirse? Como todas las cosas ingeniosas y volátiles no cabe en el casillero de una definición. Además las tradiciones cambian de forma y de carácter con el humor veleidoso del narrador».¹³

También la manera es desigual. Aquí burlona, allí candorosa para contar un milagro después libertina como una facecia del Aretino, luego trágica y en fin pueril con una simplicidad de abuela cotorra que como ha perdido la memoria les cuenta a sus nietos un cuento azul sin saber si es cuento de mocedad o fantasía. Sucesivamente nos acordamos de Perrault, de Madama D'Aulnoy, de Voltaire, de Boccaccio y hasta de la «novela picaresca». Pero soportan las tradiciones la comparación con las obras maestras del cuento popular. Su manera es original, inconfundible: quedará.¹⁴

En las tradiciones vive toda la historia peruana: incaica, colonial y republicana. Pasan el inca sobre su anda de oro, el virrey bajo palio, el presidente republicano a caballo. Leyendas de *huacas* malditas y ocultadoras de tesoros, milagrerías conventuales, conflictos de honra y amor, luchas entre criollos y españoles, genialidades de los caudillos de la Independencia y de la República forman la trama de las *Tradiciones*. Palma prefiere, sin embargo, la época colonial, particularmente el siglo XVIII, con su relajamiento propicio para las gracias de un *Decamerón*. Y a todos los escenarios prefiere el de Lima, la ciudad del incienso y de la neblina, mística y parlera, mulata y sensual.

¹² GARCÍA CALDERÓN, Ventura. *Del Romanticismo al Modernismo*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas P. Ollendorf, 1910, p. 319.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*, p. 322.

Él ha creado artísticamente el ambiente de la Colonia y el estilo colonialista. Por él viven en la imaginación popular la Perricholi y Santo Toribio, el virrey poeta, la monja alférez, el beato Martín de Porres, Santa Rosa y el Demonio de los Andes. Pasan los hechos y almas características. El valetudinario virrey Amat, y Virrey Capitán General del Perú, el severo expulsar de los jesuitas, que se deja gobernar, de puertas para adentro, por la coquetería de la endiablada Miquita Villegas, la Perricholi, futura heroína de Merimée. Los nobles contienden en una calle de Lima por el paso de sus calesas por el lado derecho y elevan al Rey de España la solución de un conflicto que hoy resolvería un inspector de tránsito. Entredicho de virreyes y arzobispos, y luchas por un estrado, un escudo o un quitasol. Conflictos entre el virrey y las limeñas por bandos contra los vestidos con aros o guarda infantes y los zapatos de raso. Desafíos por un blasón o el lema de un escudo, escalas de cuerdas pendientes de los balcones, controversias teológicas, repiques de campanas, procesiones, cohetes, duendes, ánimas del purgatorio, aparecidos.

Pero su pericia es mayor cuando se trata de nobles y de gente de iglesia. Liberal y volteriano, se solaza en descubrir los trapicheos del virrey o las damas linajudas y en contar la crónica escandalosa de los conventos. Es un especialista en averiguar y contarnos con gracia inimitable la interjección del Obispo, el pecado de la abadesa, la obesidad del reverendo predicador, el milagro inocente del santo de moda, el secreto de la monja de la llave o el contenido misterioso del chocolate de los jesuitas. El Diablo es el personaje más familiar de las *Tradiciones*. Nos asegura con toda seriedad que tiene siete pelos en la barba, que fue cigarrero en Huacho, alcalde en Paucarcolla y que en Ica perdió una vez el poncho. Y su predilección burlesca se extiende a las brujas, los duendes, los herejes, los excomulgados y los libros prohibidos por la Inquisición.

Su más imperceptible ironía la usa para referirnos, como ingenuo colector de florecillas, milagros increíbles o pueriles: legos que caminan elevados varios metros sobre el suelo, imágenes que lloran o sudan, diálogos de Santa Rosa con los mosquitos de su huerto, bendita vocación de fray Martín para conciliador de enemistades, haciendo comer en un mismo plato a perro, pericote y gato.

La historia de Lima le ha embebido particularmente. Nadie como él para desentrañar el origen de los nombres pintorescos de las calles limeñas: Melchormalo, Doña Elvira, Afligidos, Juan de la Coba, Polvos Azules, Penitencia, Peña Horadada, Faltriquera del Diablo. Solamente él puede decirnos la antigüedad de la María

Angola, campana centenaria de la ciudad, o la de San Marcos, la universidad más vieja de América; la historia del cáliz de Santo Toribio o del rosal de Santa Rosa; por qué la iglesia de San Pedro tiene tres puertas, o contarnos la leyenda del coche del conde Zavala, de la casa de Pilatos o de la procesión de ánimas de San Agustín. Y a él —profesor insospechado de folclore— tendremos que recurrir cuando queramos saber la historia del primer toro que se lidió en Lima, la de las corridas de gallos y de los títeres y hasta del tresillo. Él sabe el origen de las ceremonias del Jueves Santo, el de las fiestas y danzas populares, los pregones, la historia de las viandas y bebidas —el chocolate de Soconusco, el guarapo, los sorbetes, el ambigú, la sopa teóloga, las empanadas y el chanco enrollado— y podría certificarnos, bajo fe de escribano, cuándo llegaron el primer grano de trigo, los primeros naranjos, el primer gato o el primer abogado a Lima. Y más tarde nos dice la fecha de la llegada del primer buque a vapor, la de la instalación del alumbrado a gas o de la locomotora más vieja del continente que echó a andar en Lima por el año 1851. Sería innumerable el catálogo de sus especialidades y virtuosismos técnicos.

Lo característico de las *Tradiciones*, lo que les da alas de originalidad y fama, es, sin embargo, el estilo. Gracia y desenvoltura criollas, palabras coloradas de argot popular, de *gíria*, como dirían en el Brasil, latinazgos de colegial o de doctor *in utroque jure*, jaculatorias de beata, dicharachos de abuela picaresca, términos hurtados a taurómacos o tahúres, léxico retorcido de escribanos y golillas se mezclan en las tradiciones a frases llenas de refranes y cascabeles rimados y, a veces, a esas hipérboles castizas aprendidas en la feria andaluza de las novelas picarescas. Suyas son expresiones como estas: «oler a puchero de enfermo», «sentir el galope del caballo de copas», para afirmar la astucia de un sujeto, o exclamar como protesta por un bando real: «Vaya un rey de baraja sucia». Retratando limeñas se le aguza el ingenio. Era, dice de una de ellas, «detalle ministerial por lo flexible, de ojos de médico por lo matadores y de boca de periodista por el aplomo y gracia en el mentir».

De una esclavita de 16 años dice que «era fresca como un sorbete, traviesa como un duende, alegre como una misa de aguinaldo y con un par de ojos negros que parecían hechos de tinieblas». Y de Leonorcita Michel, limeña de rompe y rasga, dice que tenía «ojos de más preguntas y respuestas que el catecismo, nariz de escribano por lo picaresco y una tabla de pecho como para asirse de ella un naufrago», «mocita del *tecum*, no *bocato di cardinale* sino *bocato* de un concilio Ecuménico». Hablando de los higos de Cachiche, se expresa así: «son como los de Vizcaya, de los que se dice

que para ser buenos han de tener cuello de ahorcado, ropa de pobre y ojos de viuda: esto es, cuello seco, cáscara arrugadita y extremidad virtiendo almíbar».

Las *Tradiciones* hicieron a Palma glorioso en el Perú y en América. La Academia Española de la Lengua lo incorpora en su seno como a uno de los más insignes hablantes de la raza. Llega la etapa final de su vida, la transcurrida en la Biblioteca de Lima. Palma sigue escribiendo tradiciones siempre jugosas y traviesas, pero ha hallado también un apostolado cívico. Reorganiza la Biblioteca Nacional deshecha, solicita óbolos y libros y dedica 25 años de su existencia a acrecentar el tesoro bibliográfico de la vieja casa limeña. Anciano, encorvado por los años, era él mismo, el más glorioso *cimelio*¹⁵ del plantel.

Acudían a verle los viajeros ilustres —Dario, Altamira, Sáenz Peña, Root— y las colegiales que se escapaban del aula y entraban a leer en la sala de la biblioteca. Le atisbaban curiosamente a través de los vidrios de la puerta de la dirección, inclinado entre libros viejos y manuscritos amarillentos, como a un nigromante de la leyenda, entre cada uno de cuyos pelos del bigote —cada vez más blancos— creían, como él mismo lo dijo, que llevaba escondida una historieta. Zorrilla, Núñez de Arce, Cánovas, Menéndez Pelayo mantenían con él amistad literaria. Le reverenciaban en América los más graves escritores. La Hispanic Society, encabezada por Woodrow Wilson, le rindió homenaje en 1918. Miguel de Unamuno diría de él que era «el primer ironista de la lengua». Murió en 1919 en Miraflores, reverenciado como un patriarca.

Los nombres de Gonçalves Dias y de Palma, los dos casuales amigos de 1804 en París, son hoy epónimo en el Brasil y el Perú. En las escuelas brasileñas, los niños cantan la «Canção do exílio» o repiten orgullosos las estrofas de «I-Juca-Pirama».

¹⁵ En este artículo se utilizan algunos lusismos, tales como *charuto* ('cigarro puro'), *borboletas* ('mariposas de colores') y *cimelio*. Esta última es una palabra creada por el Barón Ramiz, presidente de la Academia de Letras. Quiere decir 'joya bibliográfica' y proviene del griego *keimelión* ('cimeliarca'), el 'guardador de los cimelios'. Hay publicado en Río un *Catálogo de los cimelios de la Biblioteca Nacional* que comprende en él no solo las obras muy antiguas, sino todas aquellas que tienen algún valor o mérito artístico bibliográfico. Posteriormente he comprobado que la voz *cimelio*, estimada en el Brasil como lusismo, es un italianismo.

El colegial peruano tiene, también, la más sabrosa hora de clase cuando el maestro abre sobre el pupitre el tomo sonriente de las *Tradiciones*.

Una calle de las más bulliciosas y traficadas de Río lleva el nombre de Gonçalves Dias. En Lima se ha puesto el nombre de Palma a la calle en que se halla la Biblioteca Nacional.¹⁶ En cada plazuela soñolienta de la vieja ciudad —en la de San Agustín, que en las noches antiguas recorría la procesión de las ánimas; en la de Santa Ana, donde Santo Toribio fundó el primer hospital; en la de la Merced, frente al solar que fue de Francisco Pizarro; en la de San Juan de Dios, donde asesinaron a Montegudo— se levantan a diario exóticos monumentos. Ni Francisco Pizarro ni Ricardo Palma tienen estatuas.

No las necesitan acaso, porque la tienen en su propia obra. El uno fundó la Ciudad de los Reyes, el otro ha creado su leyenda.■

Río de Janeiro, septiembre de 1934.

¹⁶ Este nombramiento se dio con ocasión del centenario del nacimiento de Palma. Entre las obras publicadas últimamente sobre Ricardo Palma merecen citarse las siguientes: PALMA, Angélica. *Ricardo Palma*. Buenos Aires: Editorial Tor, 1933; FELIÚ CRUZ, Guillermo. *En torno a Ricardo Palma*. 2 tomos. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1933; SOCIEDAD AMIGOS DE PALMA. *Ricardo Palma, 1833-1833*. Lima: Sociedad Amigos de Palma, y LEGUÍA, Jorge Guillermo. *Don Ricardo Palma*. Lima: s. e., 1934.



Zumbi dos Palmares (1999)
ODOTERES RICARDO DE OZIAS